

## LA HORA FINAL

A Marissa Garrido. Nunca habrá una hora final en mi amistad y reconocimiento a tu trabajo y a tu persona.

Falta sólo una hora. Sesenta minutos. Tres mil seiscientos segundos. Minutos y segundos que se van a toda velocidad y a los que nunca les hacemos el menor caso, como si no existieran, como si nos los dieran sin pedir nada a cambio. Ya ahora pasaron varios segundos y uno o dos minutos. Tengo menos tiempo y estoy pensando en tonterías en lugar de pensar en lo que debo. Qué importa la velocidad, si pasan lento o rápido. Para mí que pasen lo más rápido que puedan y llegue el final. Confieso que tengo miedo. No tengo por qué presumir de valor. Ya lo tuve cuando cometí la falta, ahora debo pagar. ¿Cuándo fue eso? No debo recordar, eso me hace daño y en estos momentos de nada va a servir. Ya no puedo borrar el pasado. Y nadie que me acompañe. Solo, esperando en este cuarto... ¿Esperando qué? Ni yo mismo lo sé. Unos me dicen que me iré al paraíso, otros que al infierno. Ninguno de los dos me atrae. ¿No puede haber otra posibilidad? Algo que no sea infierno o paraíso. Una especie de limbo, pero un limbo donde se pudiera actuar y no estar esperando llegar algún día al cielo. A ése sé que es imposible llegar, por lo menos para mí. El infierno es una opción más lógica pero no me atrae en absoluto. Para llegar al averno no hubiera hecho lo que hice, lo llevé a cabo para tratar de ser... No sé, iba a decir feliz. Pero ahora sé que no hay felicidad posible. Antes sí, antes de esto era yo un ser feliz, feliz relativo, nunca existe una felicidad completa, nunca falta un dolor de muelas, una deuda, un mal entendido, alguna duda. Pero predominaba la felicidad. ¿En qué estaba

pensando cuando la corté de un solo tajo? ¿No vivía muy cómodamente con mi familia, no me daban todo lo que necesitaba incluyendo en esto el famoso amor por el que todos luchan? Sí me lo daban y también me daban libertad, dinero, comprensión, apoyo. ¡Imbécil de mí! Con un acto terminé con todo. Y eso, viéndolo bien, es una injusticia. Si toda la vida he actuado bien, he respetado a los mayores, he cumplido lo mejor con las leyes sociales y familiares, si he estudiado como es mi obligación, si no he cometido delitos, por qué un solo acto me condena al final de todo: de mi libertad, de mis gustos, de mi reposo, de mi persona. Si pudiera me golpeaba hasta morir, por estúpido. Dejar lo bueno para llegar a lo seguramente malo. Nunca pensé en ser masoquista, pensaba más bien que era algo sádico, no mucho, pero sí, algo. Golpeaba a los animales de la casa, molestaba a los policías en las esquinas, dejaba a los pordioseros con la mano extendida cuando fingía darles una limosna, me encantaba que mi madre llorara porque llegaba tarde. Pero son cosas menores ¿no piensan ustedes así? Todos hacemos algo igual o parecido. No es algo grave que los lleve al final como al que yo estoy predestinado. Un final ya muy cercano. ¿Deberé escribir algo? No sé, algo como un testamento. A nadie le va a interesar, todos dirán que para que me justifico si yo mismo lo busqué. Y tendrán razón. Tendré que pensar mejor en mi última frase aunque ahora no se me ocurre nada. Unos han dicho Viva la Patria, o Viva el Comunismo o el Capitalismo o la Iglesia. Otros han pedido perdón a la vida. Lo único que se me ocurre decir en este momento es... que soy un pendejo. Y sí, lo soy. Lo reconozco. Sólo un pendejo puede llegar a lo que yo estoy llegando y lo peor que a propósito, buscándolo. Eso es mayor grado de pendejez. Si hubiera llegado el final inesperadamente como llega un temblor o un ciclón pues ni modo, pero ir a buscarlo... Ya es tiempo de cambiar mi ropa por la que debo portar. Hasta eso tengo que hacer. Cambiar mi personalidad.

Lo que me tengo que poner no tiene nada que ver conmigo. Yo soy de camisa abierta, de pantalones vaqueros, de tenis. Todo eso a la basura. ¡Dios de los cielos! Falta mucho menos, unos cuantos minutos. Mi final se acerca. No tardo en escuchar los pasos de los que vienen por mí. ¿Se sentirá algo, sufriré o sólo será un trámite para pasar a otro estado? Pensar que voy a tener varios testigos de mi desenlace me enoja, por no decir me encabrona, no me explico como pueden prestarse a eso, son gente enferma. Eso son. Voyaeristas. Que en lugar de venir acá se vayan a consultar a un psiquiatra. Y luego el curita que me vino a preparar: Qué debe usted prepararse para disfrutar su nueva vida que Dios le manda, acéptela con alegría. Bien se ve que él cree que jamás estará en mi trance. Ganas me daban de mandarlo a que se regresara por donde vino, o sea mandarlo por un tubo. Nomás de acordarme de su sonrisa cuando me echó su bendición...Ese sí es un sádico de verdad. Ya vienen...¿Y si huyo? No es posible. ¡Sé valiente Anibal, para algo tienes nombre de héroe! ¡Afronta como los hombres tu destino! Bien, que sea, estoy listo. Vamos. ¿Me decía usted padre? ¿Que si acepto como mujer a Marissa? Sí. El final llegó al fin.

Tomás Urtusástegui

2005